



“El parquecito Ducuara”, un centro ritual de la Universidad del Tolima, 1984 – 1987

Doi: <https://doi.org/10.59514/2954-7261.3112>

César Augusto Clavijo Ocampo. Profesor de la Institución Educativa CENTRAL, (Saldaña, Tolima). Magíster en Historia de la Universidad del Tolima en convenio con la Universidad Nacional de Colombia (correo: clavijo1954@gmail.com), (orcid: <https://orcid.org/0009-0003-0172-2689>).

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo
Clavijo Ocampo, C. A. (2023). “El parquecito Ducuara”, un centro ritual de la Universidad del Tolima, 1984 – 1987. *Revista Calarma*, 2(2), 179–211. <https://doi.org/10.59514/2954-7261.3112>

Declaración de autor

El autor declara que ha participado en todo el proceso científico de esta investigación, que incluye la conceptualización, metodología, redacción y edición. También declara que no tiene ningún conflicto de interés potencial con respecto a la autoría y publicación de este artículo.

Resumen

El artículo aborda fragmentos de la experiencia universitaria de un grupo de estudiantes de licenciatura en Ciencias Sociales, liderado por Arnulfo Ducuara Contreras, militante político y escritor, quien, junto con este autor y otros, fundó el grupo político “La JODA” (Juventud Organizada y Democrática), el cual concibió un estilo innovador de hacer política y ejercicio de la crítica en la coyuntura histórica de 1984 a 1987, durante la cual llegó a configurar un

espacio y centro ritual emblemático del campus de la Universidad del Tolima. En esa coyuntura Colombia vivió el terremoto de Popayán, el inicio del diálogo con la guerrilla y el proceso de paz del presidente Belisario Betancur, la Toma del Palacio de Justicia, la catástrofe de Armero, el VI Congreso de Historia de Colombia, la muerte de Arnulfo Ducuara y la diáspora del Grupo “La JODA”. Además de escritos literarios y trabajo político, Arnulfo Ducuara hizo aportes relevantes a la Academia en la Universidad de ese entonces cuando se empezó a hablar de Investigación y elaboración de tesis como requisito de grado en la Licenciatura de Ciencias Sociales, al inspirar y contribuir a un trabajo de investigación sobre el conflicto agrario en la zona indígena del Sur del Tolima, realizado por sus profesores José del Carmen Buitrago y César Velandia. El propósito de este artículo es enunciar y analizar el origen histórico del *parque Ducuara* y su valor simbólico-mítico como uno de los espacios emblemáticos del campus universitario. Con este relato, se aspira a recuperar la memoria y orientar la tarea de resignificación de los espacios académicos como fuentes de formación de la identidad institucional.

Palabras clave: Arnulfo Ducuara; grupo “La JODA”; parquecito Ducuara; espacio ritual; memoria; identidad.

“The little park Ducuara”, a ritual center of the University of Tolima, 1984-1987”

Abstract

The article deals with fragments of the university experience of a group of undergraduate students in Social Sciences, led by Arnulfo Ducuara Contreras, a political militant, and writer, who, together with this author and others, founded the political group “La JODA” (Organized Youth y Democrática), which conceived an innovative style of doing politics and exercising criticism in the historical conjuncture of 1984 to 1987, during which it came to configure an emblematic space and ritual center on the campus of the University of Tolima. At this juncture, Colombia experienced the Popayán earthquake, the beginning of the dialogue with the guerrillas and the peace process of President Belisario Betancur, the seizure of the Palace of Justice, the Armero catastrophe, the VI Congress on the History of Colombia, the death of Arnulfo Ducuara and the diaspora of the “La JODA” Group. In addition to literary writings and political work, Arnulfo Ducuara made relevant contributions to the Academy at the University at that time

when they began to talk about investigation and thesis preparation as a degree requirement in the Bachelor of Social Sciences by inspiring and contributing to a research work on the agrarian conflict in the indigenous area of southern Tolima, carried out by his teachers José del Carmen Buitrago and César Velandia. The purpose of this article is to enunciate and analyze the historical origin of Ducuara Park and its symbolic-mythical value as one of the emblematic spaces of the university campus. With this story, it aspires to recover memory and guide the task of redefining academic spaces as sources of institutional identity formation. Keywords: Arnulfo Ducuara; “La JODA” group; Ducuara little park; ritual space; memory; identity.

“O pequeno parque Ducuara”, um centro ritual da Universidade do Tolima, 1984 - 1987”

Resumo

O artigo trata de fragmentos da experiência universitária de um grupo de graduandos em Ciências Sociais, liderado por Arnulfo Ducuara Contreras, militante político e escritor, que, junto com este autor e outros, fundou o grupo político “La JODA” (Juventude Organizada e Democrática), que concebeu um estilo inovador de fazer política e exercer a crítica na conjuntura histórica de 1984 a 1987, durante a qual veio a configurar um espaço emblemático e centro ritual no campus da Universidade de Tolima. Nesta conjuntura, a Colômbia viveu o terremoto de Popayán, o início do diálogo com a guerrilha e o processo de paz do presidente Belisario Betancur, a tomada do Palácio de Justiça, a catástrofe de Armero, o VI Congresso sobre a História da Colômbia, a morte de Arnulfo Ducuara e a diáspora do Grupo “La JODA”. Além dos escritos literários e da atuação política, Arnulfo Ducuara deu relevantes contribuições para a Academia da Universidade na época em que se começou a falar de Investigação e elaboração de tese como requisito de graduação no Bacharelado em Ciências Sociais, ao inspirar e contribuir para um trabalho de pesquisa sobre o conflito agrário na área indígena do sul de Tolima, realizado por seus professores José del Carmen Buitrago e César Velandia. O objetivo deste artigo é enunciar e analisar a origem histórica do Parque Ducuara e seu valor simbólico-mítico como um dos espaços emblemáticos do campus universitário. Com esta história, aspira resgatar a memória e orientar a tarefa de ressignificar os espaços acadêmicos como fontes de formação da identidade institucional.

Palavras-chave: Arnulfo Ducuara; grupo “La JODA”; Parquinho Ducuara; espaço ritual; memória; identidade.

Introducción

Arnulfo Ducuara y los integrantes del grupo “La JODA” fueron protagonistas relevantes de la vida universitaria entre los años 1984 y 1987. El autor tuvo el honor de ser su amigo y compañero de luchas. Compartió con él las aulas de clase de su carrera de licenciatura, especialmente una mesa en la antigua sala de geografía, al igual que los relatos épicos de su amado abuelo paterno, Enrique Escolástico Ducuara, quien había sido gobernador del resguardo indígena Yaguará I, y fue parte fundamental del grupo que acompañó las luchas de “Manuel Quintín Lame Chantré”, por la reorganización de cabildos indígenas, la recuperación de sus tierras y de su cultura. Además, fue fundador del cabildo, desplazado por la reacción terrateniente de Chaparral, junto con su familia en la década de 1960 que los llevó a Bogotá y después al Caquetá donde fundó el cabildo indígena Yaguará II. Todo esto hizo parte del legado sobre el cual Arnulfo moldeó su visión del mundo y sus ideales políticos y culturales.

El artículo resulta del desafío de resolver un problema colectivo; la ignorancia del origen del personaje de esta narrativa y del momento y del proceso constitutivo del “parque Ducuara”, a través de sus actores y gestas; y de la tensión entre Ameles y Leteo, respecto del papel del pasado en la resignificación de un espacio ritual emblemático.

El hecho de haber imaginado, reflexionado e interrogado durante la pandemia del Covid 19, el campus y su centro ritual desiertos, como también de haber encontrado, durante el retorno a la presencialidad, una remodelación arquitectónica y cromática del campus, concretamente del obelisco y el texto *in memoriam* de Ducuara, me motivaron a indagar y revelar, desde el testimonio, el análisis y la interpretación, a los actuales estudiantes, directivos, empleados y profesores de la Universidad, aspectos relevantes del proceso de configuración del espacio y centro ritual más importante y emblemático de la Institución.

El texto entretiene relatos de vivencias y experiencias, así como fragmentos biográficos de la dinámica personal y política de Arnulfo Ducuara en medio de una trama de hechos como la Toma del Palacio de Justicia, la tragedia que acabaría con la segunda ciudad más importante del Tolima, Armero, y el impacto que estos hechos produjeron en el interior de la Universidad del Tolima, concretamente, en la actividad política del grupo “La JODA” definida por la búsqueda de convergencias, de consensos y del compromiso con la realidad social. Su carisma y vocación por la literatura y la política lo llevó a integrar una generación de activista para crear un estilo de hacer política, hasta entonces desconocido en la comunidad estudiantil, convirtiéndolo en un espacio y centro ritual que llegó a ser el ícono simbólico de la Universidad, a raíz de su muerte trágica, a finales de 1987.

Considerar el parque Ducuara como un espacio y centro ritual nos lleva a aplicar las categorías conceptuales de mito, rito, Ameles, Leteo y Omphalus para describir e interpretar su proceso de configuración.

Entendemos el concepto de mito con base en la definición que E. Cassirer hace de él “... (como) el elemento dramático de la vida religiosa del hombre, (en este caso paralitúrgica), que da lugar a una épica narrativa. Los dos son correlativos e independientes, se apoyan y se explican el uno en otro” (Cassirer, 1946, p.37).

Ameles es el fluir de la memoria que dejan los seres humanos en su ciclo vital y se entrecruza, según el mito platónico con el Leteo o río del Olvido. Omphalus es el artefacto pétreo que, según la mitología griega, Zeus dejó en el centro del mundo y que el hijo de este, Cronos, engulló en ese mismo lugar. Según el historiador y geógrafo griego Pausanias, en el símbolo del centro cósmico es el lugar sagrado donde se realizaba la comunicación entre los hombres, los dioses y los muertos (Wikipedia, 2022). Con este concepto queremos simbolizar un momento de la memoria, de la historia y del presente en el cual Arnulfo Ducuara Contreras se convierte en un pretexto vigente para alimentar las lecturas del imaginario del campus universitario, de sus tensiones y significaciones para los diferentes fragmentos y estamentos de la comunidad universitaria actual y pasada.

Las fuentes documentales usadas para este trabajo fueron el archivo fotográfico, papeles sueltos, pinturas y un núcleo de entrevistas a Darío Romero, Fernando Trujillo y Ancízar Mosquera, básicamente. Además, el informe de la práctica de campo a la zona indígena del Sur del Tolima, enriquecido por los trabajos de César Velandia y José del Carmen Buitrago sobre el problema agrario en el Sur del Tolima.

El documento se estructura narrativamente a través de una secuencia de momentos y actores del pasado interrogados desde el presente. El punto de partida es el encuentro casual con la Marcha Carnaval del año 2017, seguido de la memoria que del ritual del ingreso al mundo universitario y el encuentro con los espacios simbólicos y rituales de entonces, 1984, la huella del abuelo Escolástico en sus luchas por la tierra y por la vida de su pueblo, el doloroso éxodo de 1962 y el regreso al Tolima en 1982 como militante del Moir (Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario), nuestro ingreso a la Universidad del Tolima en 1984, las tragedias de 1985, la fundación de “La JODA” (Juventud Organizada y Democrática) y su activismo que sintetizaron nuestra visión de la política, la cultura y el territorio ancestral. Además, se aborda nuestra participación en el VI Congreso de Historia de Colombia y sus efectos en nuestra formación académica y política, así como la muerte de Arnulfo, en

noviembre de 1987 y los rituales de su velación y exequias, que renovaron las dinámicas de nuestro Omphalus en el campus universitario, la diáspora de los amigos y compañeros, la toma de distancia y los nuevos avatares en otros espacios rituales, mi retorno en el año 2010 y el ingreso a la maestría de Historia en convenio con la Universidad Nacional y, finalmente, el encuentro casual con una versión de la Marcha Carnaval y el descubrimiento del olvido de quien había dado origen al Parque Ducuara. Por último, la gestación del sentido de responsabilidad histórica de producir este relato.

El punto de partida: encuentro y desencuentro con la Marcha Carnaval

Eran las cuatro de la tarde de un día de junio de 2017, cuando, a la altura del Liceo Nacional de Ibagué, levanté mi mirada y me encontré con una multitud que se agolpaba en las aceras. A esa hora la Marcha se detuvo frente al Liceo Nacional. Me acerqué para observar. Ríos de personas subían por la avenida 5ª como una ruidosa y espesa cicatriz que al comienzo creí era una protesta normal. Pero, en realidad, era un acontecimiento espectacular, único y novedoso: comparsas, gritos, pitos, máscaras, música, banderas y consignas. Un largo gusano de color verde serpenteaba jugueteón e intimidante por la avenida. La ciudad no había presenciado nada igual en toda su historia. Me vi tocado por el asombro de ser parte de una ciudad desconocida. Sentí curiosidad, vivo interés de interactuar con esta ciudad, sin objetivo aparente.

Abriendo la marcha, se observaba un amplio pasacalle y una descomunal bandera arcoíris. “Unas” muchachos de figura delgada, con tatuajes y senos incipientes, portaban los estandartes de la comunidad LGBTI, codeándose con las otras fuerzas políticas para no perder el protagonismo. Ellos dejaban claro que ahora eran una poderosa fuerza política, a juzgar por el amplísimo círculo de sus integrantes.

La marcha era verdaderamente un carnaval, ya que las consignas de los grupos de izquierda se escuchaban muy atrás, los sindicatos y los partidos esta vez habían sido relegados al final de la marcha, mientras que adelante una explosión de alegría de color y de creatividad satírica hacía una puesta en escena de la comedia en que se ha convertido el devenir de la sociedad burguesa: “La risa y lo cómico se definen por su contenido histórico concreto” (Aguirre, 2019. P. 38).

Una sucesión de banderas políticas identificaba los grupos de izquierda: Partido Socialista de los Trabajadores (PST), Partido Socialista Revolucionario (PSR), Partido Socialista Camilista (PSC), Unión Patriótica (UP), Progresistas, Marcha Patriótica, entre otros. Con

sorpresa observo cómo, entre la multitud, una gran bandera negra del estado islámico es ondeada con desparpajo por un beligerante y reconocido profesor de la ciudad.

Después de unas 15 cuadras, aproximadamente, observo un pasacalle de color blanco y verde, portado por un grupo de *punkeros* de cresta roja, invitando a un concierto de rock en el “Parquecito Ducuara”, a las 8 de la noche. Podría decirse que la marcha era en realidad un hipertexto libertario y revolucionario, en el cual se satirizaba y se parodiaba a las élites y su poder hegemónico, como una gran catarsis colectiva. La marcha visibilizaba problemas que no formaban parte del debate público de la ciudad como la relación entre proyectos de minería y los usos diversos del agua. Una fuerza viva y actuante que, a medida que transitaba, permitía su lectura, donde “mito y rito confluyen exaltando la fertilidad y la abundancia, la jocosa inversión de todos los valores y jerarquías, es decir, la presencia del sentido cósmico y del fluir destructor y regenerador del tiempo” (Bajting. 1950, P. 19).

En medio de la algarabía y la exultante alegría de la marcha, los participantes expresaban libremente el sentido de su crítica y también el devenir concreto del estado y la sociedad. ¿Por qué se da este movimiento de la historia?, “Para que, riéndose, la humanidad pueda alejarse de su pasado” (Marx, 1928. p. 402-403).

Con cierta ingenuidad, le pregunto a unas cuantas personas si sabían quién era ese fulano de Ducuara. Todos daban la misma respuesta: “no sé”. Este hecho nos constató la intuición que teníamos en esos momentos: a Ducuara, lo convirtieron en una sombra mitológica. Abatido un poco por la maciza ignorancia, me alejé lentamente de la marcha, pensando en lo que debía hacer: revivir el mito con sus ritos constitutivos que guardaba en mi memoria, convirtiéndolo en este documento.

Regresé a la Universidad el lunes siguiente, después de veintinueve años de no hacerlo. Ingreso emocionado a la nueva biblioteca, busco la hemeroteca y por largo tiempo reviso el material y sólo encuentro un ejemplar de la revista *El Salmón*, en el que se hace una breve alusión a nuestro personaje, respecto a la conmemoración de su fallecimiento. Así mismo, encuentro en internet un breve texto firmado por Julio César Carrión, el editor de la memorable revista *Aquelarre*, plagado de adjetivos y sin ningún dato significativo sobre su vida, a pesar de haber sido su amigo personal. En tales condiciones y valorando la precariedad de las fuentes documentales era muy improbable cumplir con mi objetivo. El caso es que la noticia de la existencia de una revista nombrada Calarma, me reanimó.

Universidad y política: un nuevo humanismo

Arnulfo Ducuara ingresa oficialmente a la Universidad del Tolima (UT), en enero de 1984, al programa Licenciatura de Ciencias Sociales, con el código 0504-0384. El semestre A de ese año estaba constituido por aproximadamente 70 estudiantes. Un numeroso grupo integrado básicamente por profesores en ejercicio, algunos de los cuales necesitaban profesionalizarse y ascender en el escalafón docente. Los demás, en su mayoría, éramos jóvenes con regulares puntajes de ICFES (Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación) y, algunos otros, como yo, sólo queríamos cualificar nuestro discurso revolucionario y, secundariamente, ejercer la profesión.

El primer día de clases solía ser una fiesta en la Universidad para los estudiantes de las ingenierías y del programa de matemáticas, pues la recepción de los “primíparos” (estudiantes de primer semestre) era una actividad morbosa de vulgaridades y burlas. Una especie de ritual de iniciación escatológica. Se ubicaban en las aceras de la entrada, de la llamada Tercera, en una vieja analogía con la carrera tercera, como vía principal del centro de Ibagué, lo mismo que bajo los árboles del bosque que queda al lado de las residencias estudiantiles. Era un rosario de improperios, madrazos y burlas que hacían llorar, a veces, a nuestras compañeras. Era un comportamiento típico de cuarteles y cárceles.

Con el transcurso de las clases, la comunicación se hizo más fluida y cálida entre el grupo, y las relaciones personales se fueron decantando en noviazgos, complicidades y amistades, muchas de las cuales durarían toda la carrera. Muy pronto, seguramente por la influencia del medio, se producía en los estudiantes una rápida transformación en su lenguaje, en el vestido, las ideas y el sentimiento de ser “universitario”.

Para la época de nuestro ingreso a la Universidad, el movimiento estudiantil y la izquierda en general se habían replegado estratégicamente, debido a la fuerte represión y al alto número de muertos y desaparecidos, que fueron el resultado de la aplicación del Estatuto de Seguridad Nacional de expresidente Julio César Turbay Ayala, dirigido desde el Pentágono.

Las fuerzas políticas de la Universidad se encontraban atomizadas y en una confrontación de señalamientos y acusaciones públicas, que se han hecho típicas en el movimiento estudiantil y profesoral. En ese ambiente se vio inmersa la actividad política que habíamos planificado con esfuerzo y minuciosidad en “La JODA”.

Me integré al grupo del “Indio Ducuara”, sin una razón clara; su estilo de la crítica social y política no era el de los grupos de la izquierda ortodoxa; su carisma personal me resultaba convincente. A esto se agregó el efecto que me produjo el encanto de personajes como Carlos Bahamón Cortés y Elías Soto Prada, quienes, con su alegría desbordante, su espontaneidad y su estilo, expresaban una dimensión sociocultural de nuestra generación, al tiempo que iluminaban y enriquecían la vida universitaria con sus gestos de fresco y auténtico desparpajo. Sus puestas en escena dieron lugar a un soplo dramático en el ambiente de la universidad. Con todo, el “Indio Ducuara” sobresalía por su liderazgo.

La simbolización del campus: espacios simbólicos y rituales

La ciudad de Ibagué está ubicada en una banda latitudinal de 4.5 grados de latitud norte, que la incluye en la zona ecuatorial. Es una franja poblada que se extiende y ensancha de occidente a oriente desde el piedemonte de la cordillera central, sobre una terraza interandina, demarcada al extremo sur por el río Coello y al extremo norte por los ríos Chipalo y Alvarado. Esta condición topográfica de la ciudad ofrece una amplísima visibilidad de la cúpula celeste, de casi 180 grados.

La Universidad, por su parte, fue fundada al sureste de la ciudad sobre una pequeña colina de la antigua finca de Santa Helena, que al este del campus va descendiendo hasta desaparecer en una amplia llanura conocida como La Manga del Burro, convertida en un espacio lúdico, erótico y deportivo, y sobre el cual se construiría el complejo de la María y los modernos Auditorios. Hasta la llegada nuestra a la Universidad en 1984, todos los espacios territoriales del campus estaban territorializados por las facultades fundadoras.

Para la gran mayoría de los estudiantes de esa generación, la Universidad era un lugar desconocido y enigmático; no sabíamos qué era una institución universitaria, ni cuáles eran sus dinámicas. De no haber sido por el mural, que se encuentra frente a la entrada de ingreso a la Universidad con los rostros de algunos revolucionarios de Latinoamérica, cualquiera de nosotros no hubiera creído haber llegado a una universidad. El campus era una amplia extensión de terreno irregular, sin ninguna armonía arquitectónica acorde con los ambientes requeridos para una formación universitaria. La construcción estaba constituida por bloques de un solo nivel con salones estrechos y las sillas adheridas al piso. Al extremo sur se encontraba el coliseo y la sala de teatro. Al este, la biblioteca y la sala de música. Detrás del restaurante y la cafetería, se encontraban los laboratorios y, un poco más al fondo, nuestro querido jardín botánico. Al oeste, los salones de idiomas y algunos años después el museo de antropología.

Sin duda el epicentro ritual de la Universidad era hasta entonces el Coliseo y “La tercera”. A estos se agregaría la cancha de baloncesto, de modo que el pequeño espacio vital del teatrino y el parque estaba rodeado de árboles frondosos, cuyas bases construidas en ladrillo cocido servían de cómodos asientos a los visitantes para disfrutar de actividades deportivas, culturales, sociales y pedagógicas.

Durante algunos días de la semana, a la hora del cenit, el profesor Alonso Medina desarrollaba clases de física y de astronomía, estudiando el movimiento de equinoccios y solsticios, a través de la observación de los cambios de la luz solar y las sombras. En las horas de la noche, realizaba ejercicios de ubicación de las constelaciones más reconocidas y hacía cálculos matemáticos de la distancia aproximada entre unas y otras. Adyacente a la cancha externa de baloncesto, existe una frondosa arboleda como si fuera un techo natural y, en dirección al sur, encontramos la caseta del tinto. Además de la excelente visibilidad, en tanto ombligo del campus, tenía todas las condiciones de un espacio de convivencia, de tertulia, de debate y de estudio.

De igual manera, el grupo de teatro País Portátil lo utilizaba para presentar títeres y obras de teatro a todos los públicos, como también era utilizado para ensayar las puestas en escena de teatro callejero. Entre esos estudiantes, no faltaba Gumercindo Pavoni, “Pitágoras”, un señor que pasó casi toda su vida en la Universidad del Tolima y del que se dice con ironía que había enloquecido por su dedicación a las matemáticas. Los mitos que recibimos eran variados. Así, sin proponérselo, pudimos llegar a advertir que el espacio geográfico del parque era el punto central y equidistante de todos los lugares de la Universidad. Esa suma de datos nos daría la base para empezar a leerlo como el Omphalus del Campus.

Ahora bien, la experiencia constitutiva del parque como espacio ritual fueron entonces las actividades políticas, literarias y lúdicas, que cada semestre hacíamos con un *canelazo*¹; que llegó a convertirse en el evento político, cultural y artístico propio de “La JODA” que incluía música, baile, poesía narración oral, romances y, por supuesto, licor. Fue también el lugar donde la comunidad universitaria realizó largas y sentidas vigilias por los dolorosos hechos de la tragedia de Armero y de la Toma del Palacio de Justicia: “...todo territorio que se ocupa con el fin de habitarlo o de utilizarlo como espacio vital, es previamente transformado de “caos” en “cosmos”; es decir, que, por efecto del ritual, se le confiere una forma que lo convierte en real pues solo lo sagrado, es de un modo absoluto, obra eficazmente, crea y hace durar las cosas” (Eliade. 2004. p. 20).

¹ Bebida alcohólica casera colombiana a base de aguardiente, panela (dulce de caña) y canela.

La cotidianidad de entonces solía ser como una diapositiva que fuera reproducida todos los días: el grupo llegaba a la una de la tarde, antes del almuerzo, teniendo que soportar largas filas, entre los silbidos y las vulgaridades de siempre. Después, el tinto en “El parquecito” y luego, la siesta en el Jardín Botánico o debajo de algún árbol frondoso, incluyendo para la mayoría, el respectivo porro (cigarrillo de marihuana).

Quizás como consecuencia de las extenuantes jornadas de lectura, el parque se animaba de repente, después de cada clase, convirtiéndose rápidamente en un espacio lúdico, afectivo y de permanente debate sobre los conceptos y las tesis desarrolladas durante las clases. Por tales razones y por todos los acontecimientos trágicos que ocurrieron después, el parque fue mutado de espacio ritual a centro ritual de la comunidad estudiantil; un auténtico Omphalos, nutrido inadvertidamente por el profesor Alfonso Medina. En este sentido, cuando hablamos de mito, hablamos de un proceso cognitivo-poético impulsado por la fuerza del *Logos*, que fue precisamente el educador del hombre antiguo mediante los mitos, las teogonías y las cosmogonías. De modo que “...la capacidad mitopoética de la humanidad, es una de las formas más elevadas del pensamiento” (Pessoa. 1986, p. 93).

El acontecer disruptivo

1984, nuestro año iniciático en la vida universitaria, fue de un discurrir vertiginoso. Con mente renovada y ánimo en alza, nos propusimos la tarea de apropiarnos verdaderamente de nuestra condición de universitarios desde el comienzo de 1985. Había llegado la hora de ejecutar todas las ideas y proyectos que en materia política habíamos elaborado, desde el ingreso a la Universidad. El escenario fue la sala de teatro del grupo “País Portátil” con la autorización de nuestros amigos Carlos Bahamón y Elías Soto. Aquella noche pudimos concretar nuestra organización y su propuesta de actividad política, centrada en los siguientes puntos:

1. Mejoramiento del bienestar universitario.
2. Renegociación de la licitación del restaurante.
3. Distinción y acercamiento con las organizaciones políticas de la Universidad.
5. Campaña de expectativa.
6. Acto cultural de lanzamiento y presentación pública de la organización.

Con base en el plan de trabajo, se dio comienzo a los acercamientos del movimiento político “La JODA” con la Juventud Comunista (JUCO), la coordinadora estudiantil de Matemáticas y Física (CENFI), el Frente Estudiantil Revolucionario (FER-SIN PERMISO) y un sector del

Ejército Popular de Liberación (EPL). Dichos diálogos fueron en verdad muy prometedores, puesto que logramos consensuar sobre la necesidad de vencer el miedo a la represión y llegar a acuerdos que nos permitieran una participación más activa y contundente en la Universidad.

Consecuentemente con el plan, la campaña de expectativa consistió en formar grupos de estudiantes y enviarlos en la noche a los salones con disfraz de fantasma, arengando a la comunidad universitaria y denunciando la mala preparación de algunos maestros, la falta de financiación del equipamiento pedagógico y de compromiso con la realidad social. Bajamos los tacos de la energía e irrumpimos en los salones de manera abrupta. La actividad se constituyó en un escándalo en toda la ciudad durante toda la semana. Llegó el día señalado de la recepción a los “primíparos”. Carlos Bahamón y yo visitábamos en los salones de clase a todos los estudiantes del primer semestre. Presentábamos el acto e interpretábamos dos canciones de la nueva trova cubana. Regalábamos una flor amarilla y un poema de Berthol Brecht. Un fuerte presagio afectó los rincones anónimos de la Caverna (se les llamaba a los reaccionarios del programa de Medicina Veterinaria y Zootecnia) y la patanería contra los “primíparos”.

El resultado político y cualitativo de esa jornada fue muy positivo: nuestra organización política “La JODA” estaba en boca de toda la comunidad estudiantil y, además, teníamos electorado propio, que nos permitía aspirar a posicionar representantes en el Consejo Superior, Consejo de Facultad y Consejo Estudiantil. La tesis política que Ducuara heredó de su abuelo Escolástico había sido puesta a prueba: “lo étnico-cultural, puede llegar a ser más determinante que lo político e ideológico”. Fue una gran sorpresa para nosotros descubrir que el acto de recepción de los “primíparos” milagrosamente había terminado con las vulgaridades, el acoso y las burlas.

Uno de los acuerdos iniciales consistió en que la postulación de los decanos a cada una de las facultades debía ser un hecho político y público. Cada candidato estaba obligado a presentar de manera coherente un plan de desarrollo durante su decanatura, con la debida presentación periódica y pública de los informes de gestión. Estas propuestas, novedosas y pertinentes, se convirtieron en un punto de inflexión histórico en las orientaciones de la Universidad.

Los requisitos para ingresar a “La JODA” consistían en tener una fuerte pasión por la vida universitaria, por la alegría y el trabajo. Podría decirse que el valor fundamental del relativo éxito de nuestra organización, lo constituía el haber descubierto el papel revolucionario de la risa.

...porque en esta risa, no hay la más mínima actitud de complacencia, de satisfacción, o de conformismo con su existencia, sino por el contrario, porque esa risa es enemiga extrema de toda estabilidad, de todo acabamiento y de toda definitividad; y su alegría plena, ubicada desde la mirada utópica, lo es respecto de los cambios y las innovaciones que significan la verdadera ruptura con el orden y el sistema existentes, así como las verdades dominantes. Porque el pueblo que ríe y el pueblo insurrecto, son un mismo pueblo (Bajtín. 1949, p. 35).

Llegaron las elecciones a las diferentes instancias de participación democrática, y logramos posicionar representantes en el Consejo de Facultad y en el Consejo Estudiantil. Sorprendido el cuerpo de profesores, nos expresaron al oído las felicitaciones por el logro e inclusive nos ofrecían recursos económicos para financiar las actividades del plan de trabajo. “La JODA” era ahora una realidad política y cultural y ejercería un notable protagonismo político, académico y cultural.

Nos dimos a la tarea de organizar el *canelazo*: un evento comunitario en el que se integraba la música, la poesía, la política y por supuesto la rumba. Se compraron 600 totumas, en las cuales se servía el canelazo e igualmente se marcaba la totuma y se regalaba como *souvenir*. “La JODA” terminó siendo una organización exótica e irreverente que oxigenó la vida política y las costumbres de la Institución.

Consolidado el trabajo y cumplidas éticamente las tareas, nos dedicamos con entusiasmo a la actividad académica porque se acercaban las dos prácticas más importantes de la carrera: a los cabildos indígenas del sur del Tolima y a San Agustín. Al respecto, Arnulfo estaba muy motivado y feliz. Si no me equivoco, en esos días nacería su amada hija, Ana Lucía. Ruidosos y felices, subimos al bus de la Universidad y nos dirigimos con el profesor de la asignatura de Historia de Colombia I, Hernán Clavijo Ocampo, al mítico sur del Tolima. Cantando tangos, cañas y bambucos, llegamos a la vereda Chenche Asoleado a eso de las 10:00 de la mañana. Pedimos permiso para dialogar con el gobernador del cabildo, pero extrañamente no estaba. Seguimos a la *maloca* y nos encontramos con una escena que nos dejó perplejos: unas 15 personas, entre adultos, mujeres, y niños, estaban tiradas en el piso, borrachas, entre la orina y el vómito de los niños. Pálido y desconcertado, Ducuara no sabía qué decir...su rostro se descompuso rápidamente. No pudimos tomar nota ni preguntar nada. Afanosamente hicimos una “minga” templando cercas.

Salimos en un silencio respetuoso con Ducuara, y nos dirigimos a Guatavita Tua, integrado por descendientes de la parcialidad Tuamo, a la que perteneció el cacique Baltazar, convertido en leyenda por la presunta batalla mítica con el cacique Calarcá. Nos recibió un anciano de

rostro triste y mirada perdida. Afectado, nos comentó que había un fuerte brote de tuberculosis y gastroenteritis infantil, señalando a un grupo de niños rubios y desnutridos. Su sombría expresión, nos indicaba el impacto fuerte que esta experiencia había producido en su ánimo. Entregamos a prisa lo que llevamos y en un ruidoso silencio, regresamos a Ibagué.

Una vez retomamos la cotidianidad académica, a los pocos días, lo requerí para que hiciéramos el informe de la práctica. A pesar de su respeto y cautela con el lenguaje, con ese informe quiso exteriorizar toda su rabia y frustración. Lo miré y estaba descompuesto: “flaco, me dijo: el asunto ahora no es literario, es político”.

Uno de los resultados de esa experiencia fue el comienzo de una lectura reveladora del espacio simbólico que quedaba como una ecuación para resignificar la geografía mítica del Gran Resguardo de Ortega y Chaparral que su abuelo ayudó a construir. Es una figura simbólica triangular entre el cerro de Calarma, cerca de Chaparral, el corregimiento de Olaya, en Ortega, y el cabildo Yaguará I. Este último, como punto equidistante y ombligo del resguardo. Este otro Omphalus del terruño Pijao, tiene sembrada una memoria de actores míticos y de tejidos ceremoniales antiguos para los integrantes del hoy resguardo. Esa figura sería prolongable hasta el cerro de Los Avechuchos; se dice que Quintín y sus compañeros realizaban en secreto rituales paganos durante las noches de plenilunio, no obstante declararse católicos. Además, estos cerros fueron centros de poder, en los cuales se exacerbaban las fuerzas tectónicas, mediante rituales de sangre (Moncaleano, 2017).

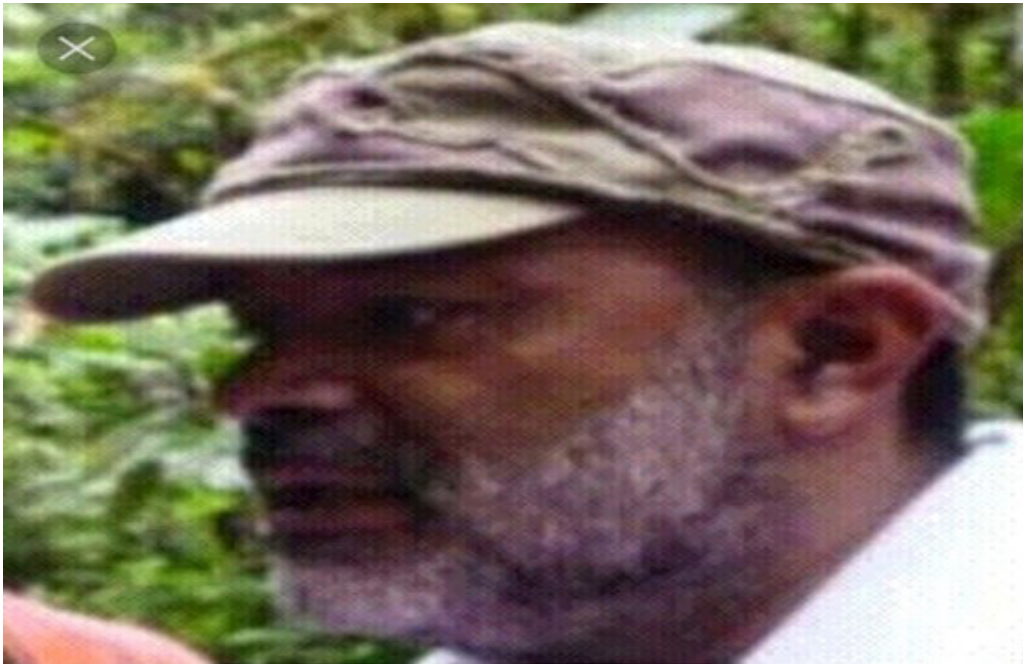
El éxodo de Escolástico y su cabildo, un retorno a la tierra ancestral

El efecto de la práctica de campo a la zona de resguardos indígenas del sur del Tolima suscitó en Arnulfo Ducuara y en mí como interlocutor de sus relatos, una fecha emblemática del historial de la resistencia indígena por sus tierras. En el año 1962, el cabildo de Yaguará sería totalmente destruido; el bosque talado, incendiado, las aguas contaminadas, los cultivos destruidos, la gente asesinada y los ranchos quemados, producto de la orden dada a los chulavitas por los mencionados terratenientes de Chaparral, especialmente por los Rocha y Alvira.

En este callejón sin salida, el centro de la resistencia, como hemos dicho antes, se focaliza en Yaguará I, lo que hará que los terratenientes de la región: Alvira, Rocha, Ruenes, Mosquera y Salamanca, arriesgaran sus ataques contra el mencionado cabildo y sus comuneros, con la complicidad de agentes de la fuerza pública que, en la práctica parecían funcionar como un ejército privado de aquellos.

Preguntado el gobernador de la época, coronel Cuéllar Velandia, manifestó que tales desmanes fueron obra de la policía departamental de la división Tolima; esos individuos cometieron atropellos en Yaguará... y mi labor fue eliminar a 814 elementos de esa policía antigua, sobre la cual hay que decir que eran unos asesinos. Verdaderos pájaros (Henderson 1988).

Figura 1. Foto de Escolástico Ducuara en las selvas del Yari



Fuente: Archivo personal de Ancízar Mosquera.

Reconocemos que la tercera fuerza del movimiento fue el viejo Escolástico Ducuara, quien consideraba que la fuerza real del movimiento radicaba en la firmeza de sus convicciones políticas y que la identidad fundamental del mismo era lo étnico-cultural más que lo político e ideológico. Se mantuvo firme y convencido ante la crisis, se sustrajo a la contradicción interna de los dos extremos ideológicos y se mantuvo fiel al movimiento, hasta que a mediados de los años noventa fuera secuestrado y desaparecido, presumiblemente por las FARC.

Días después de la destrucción, las cercas de las haciendas de los terratenientes se habían devorado mágicamente las mejores tierras del cabildo. Una vez más, se hizo evidente que el Estado en Colombia es un acto de fe, como lo dijera el maestro Borges en su última visita a Colombia; ya que se habían pisoteado, una vez más, los derechos de esta comunidad indígena y se había destruido su cosmovisión y su esperanza. Esta herida se convertiría en arquetípica

para el linaje Ducuara y toda su descendencia, que fue educada e inspirada en estos imaginarios. Una nostalgia metafísica los acompañaría para siempre. El Gran Resguardo había sido herido de muerte. A pesar de esta terrible desgracia, sus convicciones no se quebrantarían y una desconocida religiosidad los llevaría a realizar rogativas y romerías, como diría Benjamín “la religiosidad humana y los mitos inundan de eternidad el quehacer cotidiano de las gentes sencillas” (1977. p. 59).

El cálculo y la sistematicidad de los ataques los persuadió de reaccionar y de buscar una salida urgente que les permitiera sustraerse a las pugnas internas, produciéndose otro punto de inflexión en el movimiento indígena del Gran Resguardo. Sin embargo, también significó el recomienzo del cabildo en un lugar lejano y aislado entre los departamentos de Caquetá y Guaviare, conocido como los Llanos del Yará, nueva jurisdicción del cabildo Yaguará II.

La descripción de este proceso nos permite comprender que la historia aborígen y su destino fueron siempre la motivación y el impulso vital de nuestro personaje. Su posición anti sectaria, en materia política, y antidogmática, en el campo de las ideas, fueron siempre sus rasgos característicos. Siguió creyendo en la legitimidad y la pertinencia de la causa indígena, como lo confirman sus pensadores preferidos: Martí, Bolívar, Vasconcelos, Artigas, Arguedas y Quintín Lame, entre otros. Aun cuando lo caracterizaron diversos talentos intelectuales y artísticos, su verdadero impulso fue siempre la reivindicación de su pueblo, de su cultura y de sus territorios. Durante horas, lo escuchábamos narrar con pasión la historia épica de su cabildo.

Ducuara había nacido en Bogotá, en abril de 1960. Su padre, farmacéuta de profesión, había decidido radicarse en la capital, probablemente por temas de seguridad, dada la hostilidad creciente en el grupo base del Resguardo y por la constante represión del régimen de Guillermo León Valencia, “El pacificador”. Ducuara realiza su formación básica en escuelas públicas al sur de Bogotá. Se apasiona de los Beatles y de la Revolución Cubana, más que de su ideología, su historia, su música y su literatura. Asiduo lector de Gabo y de Cortázar, también de Bertol Brecht, Miguel Hernández, el gran Neruda y Benedetti. Terminando su bachillerato, tuvo la oportunidad de conocer a Francisco Mosquera, fundador y líder histórico del MOIR, e ingresar a esta organización y, por supuesto, abrazar el paradigma de la Revolución Cultural China.

Era inevitable que Arnulfo retornara en busca de su terruño a cumplir la misión para la que había sido formado por su querido abuelo. Regresó al Tolima en 1983, en el contexto de la estrategia política conocida como “Pies Descalzos” del MOIR. Esta consistía en una

estrategia política de concientización, adoctrinamiento y organización de los campesinos. Llama la atención que él no se hubiera dirigido al territorio de sus ancestros, sino que, más bien, se hubiera decidido por el Líbano; quizás persuadido por la importancia del paradigma de los “Bolcheviques del Líbano”. Con ironía y humor, solía relatarnos frecuentemente que llegó una mañana al parque central, en plena época de cosecha de café, integrándose al gentío de cosecheros que pujaba por una buena contratación en las mejores fincas del municipio. Pronto iniciaría su trabajo de concientización política en las sillas del parque. Iniciaba haciendo una caracterización del municipio, con base en las tesis del materialismo histórico y dialéctico. Cuenta que escribía y leía por horas en el parque para disimular el hambre y, por su nerviosismo, fue visto como un chico excéntrico e inteligente, que esperaba alguna excursión al parque de los nevados.

Acepta la propuesta de administrar la librería “El Zancudo” de propiedad de nuestro amigo y profesor Germán Llanos. Su librería ya hacía parte de la historia y del imaginario de la Universidad. Comenzó su trabajo y en unas cuantas semanas, el registro de títulos había disminuido. Las ventas eran buenas, pero eran más los créditos que anotaban en un cuaderno, a estudiantes de “La JODA”. El profesor Llanos recrea la anécdota con una sonrisa comprensiva y paternal. Se le terminó el contrato y mi situación personal tampoco era la mejor. El parque se convirtió en nuestras oficinas. Pasábamos tardes enteras tomando tinto y leyendo poesía, principalmente la de Benedetti, Neruda, Miguel Hernández y García Lorca.

Eran tiempos críticos y, con algo de vergüenza, aceptábamos la invitación de Carlos Bahamón y Elías Soto de ir a sus casas para compartir sus alimentos. Un ambiente de solidaridad y cariño nos envolvía a todos. No obstante, la incomodidad causada, yo disfrutaba mucho con las ocurrencias y la alegría de Claudia, la delicada ternura de la profesora Inés Cortés y, sobre todo, de la deliciosa siesta, en el sofá que se encontraba junto a la ventana de la entrada. Así mismo con la generosidad y la exquisita sazón de la querida profesora Estela Prada.

Unos días le bastaron a Arnulfo, después de que la práctica de campo le activara la memoria de las luchas de su abuelo, para que su paternidad le hiciera sentir el poder de su amada hija que logró estabilizarlo emocionalmente. Renovados, continuamos el proceso sin trabajo y con dificultades. Era frecuente verlo entrar a la Universidad con Ana Lucía en sus brazos y una pañalera terciada al hombro y, en el otro, su mochila siempre repleta de libros de literatura y poesía. Durante esos días, estuvo engolosinado con la novela de su querido Gabo, *El amor en los tiempos del cólera*.

Llegó la crisis que lo llevó a participar en un concurso para el cambio de la imagen corporativa de Cooperamos. Ganó el premio, dado su talento en el diseño gráfico. Con el dinero, alivió un poco la situación y pagó algunas deudas. Vivíamos en medio de dificultades y peligros, pero había amistad, esperanza, alegría. Los meses siguientes se llenaron de inquietud y de presagios. Las fumarolas del Nevado del Ruiz eran más oscuras y cenicientas.

Las tragedias y catástrofes de 1985 en Colombia y el Tolima

El día 5 de noviembre de 1985 empezaba mi jornada cotidiana. De repente un avance informativo de Caracol estalló en el aire: “un comando del M-19 se acaba de tomar por asalto el Palacio de Justicia”. Casi de inmediato me propuse apurar todo y llegar temprano a la Universidad, en busca de compañía y detalles. Con muchas preguntas, me encontré con Ducuara, pasado el mediodía y, a juzgar por su palidez y nerviosismo, me di cuenta que tampoco sabía nada. Me miró desconcertado y me dijo, “Flaco, eso fue una locura, un suicidio”.

Pasadas dos semanas, continuó el rosario de muertos: el médico y amigo del grupo, doctor Gabriel Anchique Bernal², era asesinado en la 6ª con 15, a pocos metros de la entrada a la clínica de la esquina. Volvimos a vestirnos de luto y a reconocer que todos estábamos en peligro. La muerte se había convertido en un morboso acto de comunión, que nos aplastaba y nos renovaba simultáneamente.

Como si lo del Palacio de Justicia fuera la antesala de un derrumbe institucional, sobrevino ocho días después la devastación de Armero. En verdad, si no fuera determinante para efectos de este relato, no haría alusión a este doloroso hecho y la vergüenza que nos causó ante el mundo. La respiración se altera, la mente se nubla y las palabras pesan mucho, como entonces.

La noche anterior a la tragedia³, el alcalde de Armero daría su última entrevista por la emisora Ecos del Combeima. En ella, se quejaba de la actitud de la gente que se negaba a salir.

² Fue médico y dirigente social, especialista en medicina interna y salud pública. Uno de los primeros residentes de la especialización en cirugía oral y maxilofacial de la Universidad Nacional de Colombia y la Sociedad de Cirugía de Bogotá. Dirigente social disciplinado y metódico que estimuló la defensa de la salud pública y la movilización contra el desalojo de las familias que ocupaban con sus viviendas el área libre de la línea férrea, en donde hoy es la avenida Ferrocarril (El Cronista, 2017).

³ La tragedia de Armero fue un desastre natural producto de la erupción del volcán Nevado del Ruiz el miércoles 13 de noviembre de 1985, que afectó a los departamentos de Caldas y Tolima, Colombia. Tras sesenta y nueve años de inactividad, la erupción tomó por sorpresa a los poblados cercanos, a pesar de que el Gobierno había recibido advertencias por parte de múltiples organismos vulcanológicos desde la aparición de los primeros indicios de actividad volcánica en septiembre de 1985. Los lahares flujos de lodo (lahares) sepultaron a más de 20 mil personas, resultado trágico de este suceso.

Además, anunciaba que su destino estaba ligado al de su pueblo y, como era obvio, tampoco quiso salir.

Al día siguiente, siendo las 5:40 de la mañana, el director del noticiero de la cadena Caracol, Yamit Amat, preguntaba al capitán de la pequeña aeronave de fumigación: “¿Qué observa capitán?” “Armero ya no existe, don Yamit, sólo veo cuerpos retorciéndose en el lodo”, respondió el piloto.

La tragedia seguía erguida arrojando brazas que quemaban la memoria colectiva del país como lava ardiente. La magnitud de la tragedia fue medida por los medios a través el dolor que le producía al mundo observar cómo se apagaba la luz de la vida de la niña Omaira Sánchez. El dolor fue un bálsamo consolador del desconcierto político, pues sobrevino una ola de solidaridad y compañerismo. Los problemas personales, los debates políticos y las discusiones sonaban ridículas, frente a la magnitud de la tragedia y el dolor generalizado.

El coliseo fue convertido rápidamente en un hospital de nivel I. El parque Ducuara era el centro de operaciones para el ingreso de los heridos y salida de los muertos. Las sirenas de las ambulancias, los cláxones de los carros y hasta pequeñas camionetas ululaban por la calle 42.

Figura 2. Integrantes del grupo “la JODA”



Fuente: Archivo personal de Ancízar Mosquera.

La irónica sonrisa de la muerte se hacía presente ahora, cuando semanas atrás estábamos envueltos en la rumba, la risa y la alegría. Aceptamos la realidad y, como uno solo, “La JODA” se convirtió en personal logístico para lo que fuera necesario. Desde ese momento, la Universidad se silenció y nosotros empezamos una vigilia colectiva, durante varios días.

El dolor bautizaba también el parque. La vida y la muerte se abrazaban ahora como serpientes excitadas. Un inexplicable pudor nos impedía mirarnos. Reconocimos que la vida, la luz y las conversaciones en el parque habían cambiado.

La renovación de la esperanza

En tanto que hijo de este continente telúrico y mágico, Arnulfo Ducuara Contreras fue producto del fecundo mestizaje americano. Savias milenarias y desconocidas viajaron por su sangre y su intelecto durante su efímera existencia. Notables cualidades humanas y reconocidos talentos se hibridaron en su ser múltiple y singular. “Nunca encontraremos el sentido de algo (fenómeno humano, biológico y físico), si no sabemos cuál es la fuerza que se apropia de la cosa que la explota, que se apodera de ella o se expresa en ella. En general la historia de cada cosa es la sucesión de fuerzas que se apoderan de ella y la coexistencia de las fuerzas que luchan por conseguirlo” (Deleuze. D. 1967, p. 10). En el caso de Arnulfo, las fuerzas predominantes en su paso por la vida fueron el rescate de la tradición de sus ancestros aborígenes y el respeto por su territorio y su cultura.

En consecuencia, amistad, política y literatura son, a mi juicio, las tres fuerzas predominantes que para Ducuara eran una misma cosa: su ser mismo. Estas tres dimensiones son la fuente del valor de su existencia y la fuente afectiva y topográfica de sus amigos, que siempre estuvieron presentes en su vida: el ingeniero Óscar Álzate, Mercedes Patiño, Guillermo Gallego, Carlos Bahamón, Elías Soto y Darío Romero son, entre otros, algunos de sus más cercanos e influyentes amigos. En la distancia, creo haber interpretado su sentimiento y los deseos de que estas frases nacieran.

De este modo la fenomenología de la memoria se abre deliberadamente hacia un análisis dirigido hacia un objeto de memoria, el recuerdo que se tiene ante la mente. Atraviesa después de la fase de la búsqueda del recuerdo, de la anamnesis, de la rememoración; se pasa finalmente, de la memoria dada y ejercida a la memoria reflexiva y a la memoria de sí mismo. (Ricoeur. 2000. p. 22).

Ideologías, mentalidades, ilusiones, fantasías, imaginarios nutren y configuran los mitos; esa emoción y fuerza de lo colectivo. El sino trágico de la épica de sus héroes define el umbral

entre la historia y el mito. Si hay algo de mítico en la historia de Ducuara esta cualidad se manifiesta en el poder de su presencia en la atmósfera ritual que concitaba en el parque, durante las veladas y tenidas. Escuchar, leer y comunicar fueron algunos de los aspectos de su visión de la amistad. Era una manifestación plena del amor y la alegría, que promovía todo el tiempo en sus narraciones poéticas, sus canciones preferidas y las anécdotas de todas sus tertulias. El refinamiento y fluidez de su prosa contrastaba con la emotividad y el descuido, a veces, del militante político.

Fue un ser de muchos amigos. Su carisma era singular en el paisaje humano de la Universidad. Con frecuencia y de manera jocosa, recreaba una frase de Gabo: “mi corazón es tan grande como un hotel de putas”, significando que una cosa era la fidelidad y otra, la lealtad. O también la de “mis verdaderos amigos no me caben en los dedos de mis manos”. Tuvo grandes amigas en el programa de Inglés y Literatura, a quienes escribía poemas, cuentos y ensayos, a cambio de nada.

Lo creyeron loco o borracho porque en el desarrollo de una clase, en la sala de geografía, aludí a una frase de un libro titulado: *Cómo leer al Pato Donald* de Ariel Dorfmann y Armand Mattelart. La frase rezaba: “La literatura es la piel de los pueblos”. La repetí inconsciente y en voz alta. Se tiró de la butaca y me zamarreó de un fuerte abrazo, atribuyéndome equivocadamente su autoría. Volvimos a la mesa a concluir una proyección cartográfica de Mercator. Él se agachó a escribir como lo hacía regularmente. Pasados unos minutos, me entregó un papel que aún conservo con respeto y cariño. Sólo en el sentimiento sincero y limpio de la amistad, de la política y del arte, se puede dar vida con la poética de Ducuara.

“Hoy”

*Hoy es un día anaranjado.
El cielo, ya no es el mismo que durante ayer,
Amamantó nuestras torpes esperanzas.
Hoy,
La vida comecaminos, en su viaje sin llegada,
Nos ha puesto a estrenar sentidos:
En los ojos se te va metiendo
Todo el baile de enfrente.
Toda la música del aire se te mete en la carne.
Y ya es imposible hacerse el loco.
Imposible embucharse de tranquilidad.
Imposible parar.
Imposible sentarse,
Mi querido amigo.*

Ibagué, marzo de 1986.

Una transición dolorosa: el Congreso de Historia y el grado póstumo

Durante nuestra formación como Licenciados en Ciencias Sociales, se continuaron reconociendo los problemas del programa y de la facultad. Siendo la identidad fundamental nuestra, la de profesores, el departamento era uno de los más discretos y menos influyentes de toda la Universidad. En este sentido, cada campo epistémico del pénsum, dependiendo de la competencia del maestro, promovía y territorializaba los problemas y debates del mundo académico europeo y latinoamericano. El estudiante no sabía si sería economista, historiador, sociólogo, ideólogo, conspirador o maestro.

El sentido de universalidad consistía en saber un poco de los acontecimientos más relevantes de los últimos siglos en cada episteme y, consecuentemente, estudiar sin mucha regla las modas académicas e intelectuales. Apenas se empezaba a hablar de la investigación social que sólo la destrucción de Armero puso en la agenda de profesores y estudiantes.

No obstante, el departamento de Ciencias Sociales empezó a activarse con la organización de los archivos históricos en Ibagué y los primeros pasos en la investigación histórica, en el marco de la conmemoración del Centenario de la Constitución de 1886. También con la creación del TIRUT, un equipo multidisciplinario que quiso involucrarse con la tragedia de Armero y medir el impacto múltiple en esa comunidad, en Ibagué y en Colombia. Este fue un paso importante que, *a posteriori*, Ducuara reconoció en diversos actos públicos de “La JODA”.

Figura 3. Trabajo de campo del grupo la JODA en zona periférica de Ibagué (Arnulfo Ducuara aparece a la izquierda de la foto, vestido de gris, tenis y morral terciado)



Fuente: Archivo personal de Ancízar Mosquera.

Finalmente, con la organización y realización del VI Congreso de Historia de Colombia, entre el 23 y el 27 de noviembre de 1987, intempestivamente el país venía estremecido desde pocos meses antes con el asesinato del médico Héctor Abad Gómez⁴, que prefiguró la profundización de la guerra que vendría a partir de los resultados de la elección popular de alcaldes en 1988. Metafóricamente podríamos decir que este asesinato vino a estallar las patologías latentes de la salud pública de la sociedad y el sistema político colombiano como se evidenciaría desde la primera elección popular de alcaldes, con el genocidio de la UP (Unión Patriótica).

Ocho comisiones analizaron y debatieron diversos campos de la historiografía:

- I. Comisión historia de las ciencias y la técnica.
- II. Comisión historia de la educación y enseñanza de la historia.
- III. Comisión mentalidad y experiencias culturales.
- IV. Comisión conferencias culturales.
- V. Comisión historia colonial.
- VI. Comisión siglo XIX.
- VII. Comisión historia política del siglo XX.
- VIII. Comisión violencia de reformas institucionales de paz.

La organización, el desarrollo y la clausura del evento fueron impecables. La ciudad se estremeció desde la inauguración con el Teatro Tolima repleto de público. El trabajo de las comisiones era un hervidero de discursos y debates. Las ponencias, los conferencistas y la calidad de los debates fueron notorios y notables (Memorias del Congreso, 1992).

Durante unas pocas semanas volvimos a la vida cotidiana para terminar el semestre académico. El congreso había activado potencias en el profesorado y entre los estudiantes de Ciencias Sociales que asistimos a la inauguración y a las diferentes comisiones. Sobre la mesa se pusieron temas de la problemática social como el que habíamos reconocido en la práctica

² Nació en Jericó el 2 de diciembre de 1921 y muere en Medellín, el 25 de agosto de 1987. Fue un médico especialista en salud pública, ensayista, catedrático, columnista, periodista, político, y activista por los derechos humanos colombiano, miembro activo del Partido Liberal Colombiano. Gómez fue asesinado en Medellín, tras amenazas por sus denuncias contra grupos paramilitares, quienes estaban cometiendo masacres y homicidios selectivos contra insurgentes, líderes sociales, activistas y políticos de izquierda. Cuando fue tiroteado era precandidato a la Alcaldía de Medellín por el Partido Liberal. Diecinueve años después de su asesinato, su hijo, el escritor Héctor Abad Faciolince, escribió una biografía novelada sobre su padre titulada *El olvido que seremos* (2006), convertida después en una película dramática de 2020, dirigida por el español Fernando Trueba, la cual ganó el Premio Goya en 2021 a la mejor película Iberoamericana (Wikipedia, 2023).

de campo en la zona indígena del sur del Tolima. La memoria y la cartografía étnica que portaba Arnulfo lograron atraer el interés de los profesores José del Carmen Buitrago y César Velandia Jagua, como veremos más adelante.

A comienzos de diciembre de 1987 teníamos programada nuestra graduación y titulación, así como tareas del activismo social; queríamos asegurar la navidad para los niños del barrio Palermo. En el ambiente estaban los signos precursores de la próxima temporada navideña. Los cambuches del barrio Palermo, en el cual realizábamos un bazar para el aguinaldo de los niños, habían sido adornados con las lucecitas de Navidad. Darío Romero y Carolina, lo mismo que Carlos Bahamón y Elías Soto, habían alegrado ruidosamente la tarde, entre el olor de la fritanga, la cerveza y la pólvora de las canchas de tejo de enseguida. La pólvora tiene un olor especial en Navidad, pensé en esos momentos. No obstante, la alegría, Ducuara estaba muy inquieto, quizás por su desamparo, los problemas personales y la lógica tensión característica de los días previos al rito de la graduación y la titulación.

Cuando las mujeres cabeza de familia del barrio Palermo comenzaron a hacer cuentas de lo conseguido en el bazar, sobre las 8:00 de la noche, supimos que los niños del barrio tendrían asegurada la visita del Niño Dios en Navidad. Debido a compromisos previos, salí de allí un poco antes que el grupo. Pasé la avenida, mientras la luna iluminaba la pesada noche.

Lo incalculable, lo inimaginable emergió esa noche. Lo que jamás podíamos admitir se hizo presente esa noche. El corazón debía consumirse en el Omphalus itinerante. Una fría y espesa ráfaga de cloroformo, con la que asocio el vehículo veloz que asaltó furtivo la fresca y esperanzada humanidad de Arnulfo Ducuara Contreras, en un punto exacto de la avenida Pedro Tafur, de aquel sábado de noviembre de 1987, a las 9:30 de la noche, lo arrebató del mundo de la vida, mientras la luna trémula se quedaba huérfana en esa noche fúnebre. El Coliseo de la Universidad del Tolima volvió a reclamar su calidad de espacio ritual que se había avivado con la tragedia de Armero.

Figura 4. Cámara Ardiente al féretro de Arnulfo Ducuara Contreras. Coliseo de la Universidad del Tolima



Fuente: Archivo personal de Ancízar Mosquera.

Esta vez era la velación del compañero Arnulfo. Toda una apoteosis colectiva de tristeza, asombro, poesía y canciones entre sus compañeros estudiantes, sus familiares y profesores. En este lugar y momento se hizo la primera y más elocuente expresión de las resonancias que despertaba la carismática humanidad del líder de “La JODA”.

El profesor Guillermo Gallego escribió un poema a Arnulfo, el cual fue reproducido profusamente para que se leyera como homenaje póstumo en la velación en el Coliseo y se siguiera leyendo en las tertulias que seguirían a sus exequias. Ante ese auditorio fúnebre se hizo lectura del poema “Arnulfo, Amigo”, que compuso el profesor Guillermo Gallego. Este fue, sin duda, la primera piedra de la construcción colectiva de su memoria y una avanzada a la interpretación mito-poética de su gesta histórica en la ciudad y en la Universidad.

Arnulfo, amigo:

Hoy me quedé con los brazos abiertos, nuestro abrazo anual se aplazó para el juicio final, o la eternidad. La noticia de tu muerte, me apagó la lamparita de las alegrías.

Cómo así, que se murió hermano, sin esperar a que nos abrazáramos de nuevo. ¡Aún no me cabe en la cabeza que un hijueputa carro se llevó tu sonrisa por delante!

Nos dejaste con una sensación de derrota en el alma, con una desolación incrustada dentro de la piel, los huesos y la sangre.

Sentimos que un aire con olor a desamparo nos recorre los sueños y empuja nuestra sombra.

No tengo valor para enterarme de detalles, me basta saber que te fuiste al no sé dónde sin avisarle a nadie, que te volaste con tu vida comenzada, porque la tuya lo único que tenía era vida.

No entiendo por qué mis amigos cogieron la mala costumbre de morirse antes de tiempo, ¿o será que la buena hierba está definitivamente proscrita de este enorme cementerio que es nuestro país?

No Jodás hermano, cómo nos vas a hacer eso, morirte así tan de repente, largarte con tu música a otra parte y dejarnos encartados con tanto dolor atravesado en el corazón.

Y ese sueño que acariciamos juntos, tantas veces en el apartacho, ¿te acuerdas? Coronar la revoluta y crear de inmediato el Ministerio de la Felicidad, ¿dónde lo escondo?

¿Qué será de este pueblo en sombras, sin el hermoso y limpio relámpago de tu carcajada? Pero te juro por mi sangre que jamás tendrás descanso eterno.

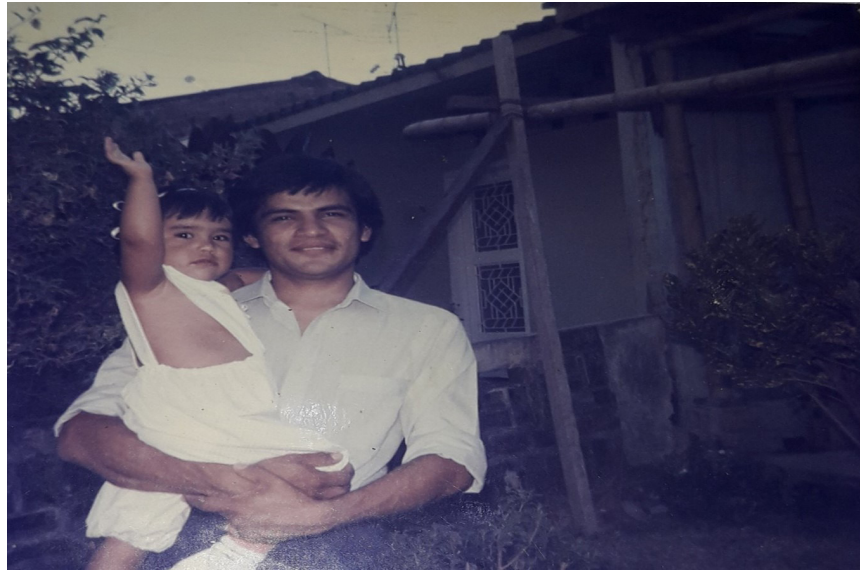
El combito de locos que amó la ternura con que encaraste las embestidas de las dificultades, jamás pactaremos una tregua con el olvido.

Tú nos enseñaste con tu ejemplo, que una golondrina no solamente hace verano, sino que provoca tempestades.

Te llevaremos en la memoria, no como la evocación luctuosa, sino como el recuerdo que encierra la emoción, que transmitió la rumba permanente de tu vida que transmitió la rumba permanente de tu vida. Monta una discoteca en el cielo. Enséñale a bailar salsa a los ángeles, pinta las nubes de color que se te venga en gana, diviértete con las once mil vírgenes, sindicaliza las almas en una federación única de pecadores, llena al diablo de cuentos, y si te tropiezas con un Señor de barba con aire de buen tipo que dice que es dios, dile que has cumplido comandante. Así nos consta a todos. Yo me voy a buscar la muerte de otra forma.

GGF.

Figura 5. Ana Lucía y su padre, Arnulfo Ducuara Contreras



Fuente: Archivo personal de Ancízar Mosquera.

Fue un momento de intensa conexión espiritual con el legado de Arnulfo. Fue la forma de hacer presente al “Indio Ducuara”, como le llamábamos cariñosamente como antinomia metafórica a sus gotas de sangre pijao. Realmente no había lugar para imaginarlo con un discurso solemne de academia sobre las huellas del Congreso de Historia de Colombia, de la tragedia de Armero, del holocausto del Palacio de Justicia ni menos con las luchas de Quintín y su abuelo Escolástico para recuperar las tierras del Gran Resguardo de Ortega – Chaparral y la cultura pijao. El poema era un auténtico bálsamo y un proyecto que desbordaba nuestro intelecto al proponernos un audaz proyecto escatológico de improbable éxito, pues no teníamos familiaridad con los ángeles ni con las once mil vírgenes y menos con el comandante Dios. Sólo con su humor alegre y la invariable sonrisa fresca y heroica con la que debió recibir su propia muerte, podríamos intentar semejante audacia. Fue el acto cultural más trascendental que hasta ese momento vivía la Universidad, como un epílogo al estupor que provocó el banquete de tragedias y catástrofes de los años previos a su muerte.

El final de “La JODA” y los fermentos de la memoria

Después del funeral de Arnulfo, del ritual de paso del grado, la Universidad y, particularmente nuestro Omphalus, quedó para que lo habitaran y transformaran otras organizaciones estudiantiles, con sus nuevas tareas universitarias. “La JODA” había hecho lo suyo.

La diáspora nos asignó diferentes caminos: Europa, Estados Unidos, Australia y otros lugares de Colombia. Por mi parte, me trasladé a la ciudad de Bogotá y a las pocas semanas, me dirigí al municipio de Tame, Arauca, para ocupar el cargo de profesor de área, en el Liceo Tame.

Llegué pasadas las 6 de la mañana, de un día de enero de 1988, después de un tortuoso viaje por la carretera antigua de la Sierra Nevada de El Cocuy y de las largas requisas del Ejército y, kilómetros más adelante, de las FARC. Después de ascender por un pequeño bosque andino, el paisaje desbordante de la sabana de Arauca estalló con su prodigiosa belleza tropical en mis ojos andinos. Físicamente, el pueblo sólo era unas cuantas manzanas y una larga calle real destapada, desde el aeropuerto hasta la iglesia.

Después de la primera semana de labores, visité muy temprano la biblioteca y la escuela de joropo, pero estaban cerradas. Aproveché la circunstancia para buscar un aguardiente en un quiosco cercano, al lado de la Alcaldía. Acomodé una butaca cerca de la entrada. Mientras levanto la copa, observo sobre el extremo del andén a un grupo de Guahibos, que parecían observar con nostalgia algo; era el vacío al que miraban poseídos de una borrachera colosal. Recordé la escena que contemplé con Arnulfo en la práctica de la vereda de Chenche Asoleado.

Ese sábado rememore con nostalgia al “Indio Ducuara” y comprendí que la violencia y la deculturación colonial habían destruido la cosmovisión de esos indios que contemplaba, interrogándome por las condiciones de su rehabilitación verdadera y digna, en el marco del respeto de su territorio y su cultura. La destrucción de esas culturas es una pérdida irreparable para la humanidad porque estos pueblos habían ennoblecido las fuerzas físicas y se habían armonizado con la naturaleza...

Lo que está en juego es la pérdida de valores culturales, sociales, que propician el desvanecimiento de tradiciones, costumbres y actitudes culturales. Dimensiones que expresan la naturaleza de una historia nacional, pero que, día a día, son oscurecidas por los intereses del capitalismo neoliberal y por los patrones culturales de las potencias económicas en esta llamada era de la globalización (Pérez, 2004).

Pasaron por la mente los efectos de la práctica y del Congreso de Historia de Colombia, en el “Indio Arnulfo” y en mí. Algún día esperaba indagar, cuando volviera al Tolima, qué habría dejado sembrado este evento y los aportes de Arnulfo sobre sus antepasados.

En efecto, con el tiempo lograría establecer que la práctica de campo de la asignatura de Historia de Colombia, época colonial, a la zona indígena del sur del Tolima, había sido

concebida en la década de 1970 por el profesor Antonio Marín. Práctica que, como lo hemos reconocido, le permitió a Arnulfo Ducuara reencontrarse con sus ancestros en los resguardos de Chenche Asoleado y Guatavita Tua (Ortega, Tolima). Además, llegué a enterarme en el proceso de documentación para este artículo que la Revista Museológicas había publicado un trabajo de investigación titulado: *La problemática indígena en el sur del Tolima 1950 – 1980*, de los profesores César Velandia y José Buitrago (1989), en el cual se reconocía a Arnulfo como auxiliar del trabajo de campo. Sin embargo, creo que realmente fue, además de auxiliar de investigación, un auténtico inspirador del tema, dados sus vínculos étnico-culturales con los pueblos indígenas del sur del Tolima y su parentesco con una de las fuentes más importantes de ese trabajo, su abuelo Escolástico. Arnulfo medió para hacer posible las entrevistas de los profesores Velandia y Buitrago a su abuelo, las cuales permitieron conocer los pormenores de la destrucción del cabildo de Yaguará, lo mismo que el éxodo de esta comunidad en 1962, hasta los Llanos del Yará, en donde refundarían su cabildo con el nombre de Yaguará II.

Por otra parte, logré asociar la práctica de campo concebida por el profesor Juan Antonio Marín, con un trabajo de éste, fruto de su investigación en el terreno: *Belisario Tique Alape. Un cacique Pijao del siglo XX”* (1979), todavía inédito. Además, que al trabajo del profesor Marín le seguirían los de Adolfo Triana Antorveza, *Estudio Socio – Jurídico de los Resguardos Indígenas de Ortega, Coyaima y Natagaima* (Funcol, 1983). Al trabajo de los profesores Buitrago y Velandia le siguió el libro de Triana Antorveza *La Colonización española del Tolima, siglos XVI y XVII* (Funcol, 1992). El de la antropóloga tolimense, Mónica Espinosa, *La Civilización Montés* (2009), sobre la vida de Manuel Quintín Lame Chantré, la cual se apoya en, entre otras entrevistas, en la de Escolástico Ducuara, que confirman el papel de este líder en la defensa del Resguardo de Ortega y Chaparral, durante los años de la resistencia, al igual que en la fundación del CRIT, (Consejo Regional Indígena del Tolima). Esta autora reconoce el protagonismo de Escolástico en el éxodo de su cabildo en el año 1962⁵.

Poco exploré sobre los Guahibos, pero el recuerdo de los indios del Sur del Tolima me hizo surgir cierto interés por la etnohistoria, una temática que no lograría concretar mientras permanecí en Tame. Sin embargo, creo que después de un tercio de siglo, gracias a mi trabajo

⁵ Escolástico fue una voz disidente del movimiento indigenista, en el sur del Tolima. El movimiento se había dividido por la cercanía de Quintín Lame con un sector de la iglesia y con el Partido Conservador. El líder indiscutido era Quintín Lame. El grupo de Gonzalo Sánchez, Dimas Luna, y Eutiquio Timote eran simpatizantes y algunos de ellos integrantes del Partido Comunista. En este sentido, el destino del movimiento estaba atravesado por fuerzas políticas ajenas a él, caracterizadas por el sectarismo. El movimiento indígena había perdido su rumbo; preveían en él las fuerzas externas que se lo habían tomado (Espinosa, 2009).

con semilleros de investigación en la Institución Educativa Central de Saldaña, intuyo que las huellas comunicadas por el “Indio Ducuara” y los trabajos mencionados, entre otros, son claves para entender y comprender mejor la historia del sur del Tolima.

Epílogo

El espacio que habría de llamarse Parqucito Ducuara fue una construcción del grupo político cultural denominado la JODA que existió entre 1984 y 1987. Fue una forma de gestionar lo que el profesor Gallego llamó en su poema “la revoluta”. Un tercio de siglo después, ese epicentro ritual ha dejado de ser el Omphalus que fue de nuestro campus universitario. Hoy, gracias a los efectos inesperados de una huelga de hambre para sacudir el ethos y la administración universitaria y de la pandemia del Covid - 19, es un espacio remodelado con una estética de escenario deportivo y turística que resignifica el pasado y el presente manteniendo ignorado su origen; origen que contiene una sombra condensada de mitos que gravitan en la memoria de quienes los han construido y ritualizado.

Figura 6. El parque Ducuara antes (izquierda) y remodelado (derecha)



Fuente: Comunicaciones Universidad del Tolima (2022)

La memoria del “Indio Ducuara” y de su abuelo Escolástico, así como el destino que tuvieron los integrantes de la JODA, nos permiten interrogar hoy los acontecimientos que vivimos en esos años de formación en la Universidad: el holocausto del Palacio de Justicia; la tragedia de Armero y de un Congreso de Historia que nos estimuló a participar en las paraliturgias del conocimiento, y en los conflictos con el poder, en los avatares de la democracia, el territorio, el agua y el cambio climático. Igualmente nos permiten pensar la historia de Ibagué y del Tolima, desde espacios como la geografía simbólica del triángulo mítico e histórico de los cerros de Calarma, los Avechucos y Pacandé, espacio ritual de los Pijao y sus descendientes en el sur del Tolima.

En todo caso, el Indio Ducuara fue un líder estudiantil paradigmático que con el grupo la JODA construimos un epicentro ritual del Alma Máter, el “Parquecito Ducuara”; en el cual han oficiado sus imaginarios de Universidad y de vida, otras formas del movimiento universitario y de las actividades sindicales en etapas posteriores de la vida universitaria. Ahora bien, esta narrativa del parquecito Ducuara no puede dejar de mencionar a uno de sus habitantes míticos: el silencioso “Pitágoras”. Pitágoras fue el habitante más fiel de lo que para otros fue nuestro Omphalus; hoy vive en el ancianato del Salado. Pitágoras podría ser el personaje que relativizó todas las expresiones estudiantiles de la cotidianidad extraacadémica de la Universidad, incluida la trama de “la revoluta” que logramos tejer con el “Indio Ducuara”, ¡con sus típicos gestos no verbales! Su único lenguaje era una risa que en ocasiones se volvía risotada.

Figura 7. “Pitágoras” en la Universidad del Tolima



Fuente: El Olfato (2017)

Los habitantes del “parquecito” son hoy, además de los estudiantes y unos cuantos catedráticos, los actores de la cultura arcoíris, quienes se mezclan para el tratamiento de temas, preocupaciones y de los problemas de moda: el género, del medio ambiente, la cultura hip hop y, de vez en cuando, uno que otro evento masivo o acción colectiva coyuntural como la Marcha Carnaval, cuyos preludios comienzan días antes con los estampados y tatuajes de los regocijados participantes que aletean festivos como mariposas en el vientre de los defensores del agua, la vida, el territorio y la paz. Sin embargo, con este relato “el Indio Ducuara”, vuelve, a renovar lo que fue su Omphalus, a acompañar otras ritualidades de la gesta universitaria, como la Marcha Carnaval, el acontecimiento que ha venido haciendo historia desde el campus de la Universidad en la ciudad y el país.

Por lo pronto sabemos que “El Indio” Arnulfo Ducuara, es ahora parte de la galería de personajes que dan nombre a diferentes lugares emblemáticos del “Alma Máter”, a epicentros rituales disímiles como las terrazas del Ché Guevara, la sala de teatro del grupo País Portátil de Elías Soto y Carlos Bahamón, la sala de exposición “Darío Jiménez”, la sala de música “César Augusto Zambrano”, el Jardín Botánico Alexander Von Humboldt, la Biblioteca Rafael Parga Cortés, el monumento a Norma Patricia Galeano, asesinada por el Ejército dentro del campus universitario, el auditorio Héctor Villarraga Sarmiento, un legendario abogado que escaló todos los niveles administrativos de la dirección universitaria, hasta llegar a ser rector del Alma Mater, gran defensor de los estudiantes. Curiosamente, el que fuera Museo del Hombre Tolimense en sus comienzos es hoy un Museo Arqueológico que espera un personaje emblemático para bautizarlo. Así, un componente de la historia viva de la Universidad del Tolima sería el inventario y estudio del legado de murales, grafitis, esculturas, cerámicas, laboratorios, museos, senderos, etc., expresión de los imaginarios y utopías, de los creadores de arte, ciencia y cultura. En este sentido, “...naturalmente, la consagración del centro se hace en un espacio cualitativamente distinto al espacio profano. Por paradoja del rito, todo espacio consagrado coincide con el centro del mundo, así como el tiempo de un ritual cualquiera coincide con el tiempo mítico” (Eliade. 2004, p.28).

Haber escrito este artículo sobre cómo se formó y por qué se denomina “parque Ducuara” y poder compartirlo con sus estudiantes, profesores, directivos, empleados y trabajadores de hoy, es haber cumplido con “el amigo del alma”, el “Indio Ducuara”, pero también con Amparo Reyes, con su hija Ana, con Lucía, su amada compañera, con Enrique, su hermano, con Leonor y Arnulfo, sus padres. Igualmente, con Darío Romero, Álvaro Hernández, Mercedes Patiño, Óscar Alzate y con nuestra generación, con el propósito de renovar su convocatoria a recrearnos ritualmente en la atmósfera que rodea ese Omphalus, y desde allí seguir construyendo y recreando una de las fuentes de la identidad de nuestra Alma Máter.

Nota de agradecimiento del autor

Agradezco la solidaridad y estímulo de las personas que participaron con sus testimonios y documentos en la elaboración de este trabajo. También agradezco a mis profesores en la Universidad del Tolima y de la Universidad Nacional por la formación, especialmente al Doctor Hernán Clavijo Ocampo, profesor y admirador de Arnulfo, por el estímulo a la idea y los aportes al texto y al psicólogo Kristian Darío Clavijo Moreno, por su comprensión y generosas observaciones y críticas.

Bibliografía:

- Bajtín, M. (2019). *Rabelais, la risa y la cultura popular*. Desde Abajo.
- Benjamin, W. (1994). *La metafísica de la juventud*. Altaya.
- Cassirer, E. (1946). *El Mito del Estado*. Fondo de Cultura Económica.
- Deleuze, G. (1971). *Nietzsche y la filosofía*. Anagrama.
- El Cronista. (2017, January 14). Gabriel Anchique Bernal: 30 años de su asesinato. *Elcronista*. Co. <https://elcronista.co/region/gabriel-anchique-bernal-30-anos-de-su-asesinato>
- Elíade, M. (2009). *El mito del eterno retorno*. Alianza.
- El Olfato (2017, February 12). ‘Pitágoras’, el residente más querido de la Universidad del Tolima, cambió de casa. <https://www.elolfato.com/pitagoras-el-residente-mas-querido-de-la-universidad-del-tolima-cambio-de-casa>
- Espinosa, M. (2009). *La civilización montés*. Uniandes.
- Lorca, F. (1981). *Antología poética*. Círculo de Lectores.
- Pessoa, F. (1986). *El regreso de los dioses*. Seix Barral.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia y el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Pérez, C. (2004). La muerte de las culturas locales y el renacimiento de las culturas políticas. *El Cotidiano, Vol. (20)*, 40-45.
- Velandia, C. y Buitrago, J. (1989). *El problema indígena en el sur del Tolima*. *Revista del Museo de Antropológico, Vol. (2)*, 1-53.
- Wikipedia. (2022). *Pausanias (geógrafo)*. Wikipedia.Org. [https://es.wikipedia.org/wiki/Pausanias_\(geógrafo\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Pausanias_(geógrafo))
- Wikipedia (2023). *Héctor Abad Gómez*. Wikipedia.Org. https://es.wikipedia.org/wiki/H%C3%A9ctor_Abad_G%C3%B3mez

Reseñas de libros